

EL PAPEL QUE TIENE LA EMOCIÓN EN LA EDUCACIÓN ARTÍSTICA

Sabemos que la afectividad influye tanto al contenido como a la forma en que las personas piensan, perciben y actúan; y esto es gracias a una serie de investigaciones que confirman que las personas con buen estado de ánimo son más creativas, toman decisiones más rápidamente y con necesidad de menos información. (Taylor, 1991; Echebarría & Páez, 1989)

Todos estamos de acuerdo con que: “Las relaciones entre las emociones y productos culturales como la literatura, la música, el drama y el arte, depende de su impacto emocional: de hecho es difícil comúnmente concebir los fenómenos artísticos sin su influencia en las emociones (...).”¹

Es un hecho que una mayor parte de las producciones artísticas vayan ligadas a la influencia de alguna o varias emociones. Esto ocurre porque el artista ha capturado sus sentimientos o emociones en su obra. Y para ello es importante que, primero sepa reconocerlas y después sea capaz de hacer un buen uso de las mismas.

Que una actividad artística se de cargada de emociones y afectos promueve un futuro resultado fructífero y positivo. Por eso resulta imprescindible incluir la emoción en el currículum de cualquier contexto educativo artístico.

El arte, en resumen, es capaz de desarrollar potencialmente nuestra sensibilidad, y la educación es capaz de mediar para conseguir el desarrollo creativo a partir de ambas.

Arte+afecto= vehículo del pensamiento/conocimiento.

El arte como método educativo es diferente a la transmisión del conocimiento. Esto mismo ha de tenerse en cuenta siempre en un aula, donde el objetivo central ha de ser la reacción afectiva, la cual a su vez, está asociada al desarrollo y complejización del pensamiento.²

La concepción del arte como conocimiento, por tanto, no solo le da importancia al contenido que transmite o que trata, sino a la forma. Esto es que no prima el contenido que puede transmitirse en un aula de educación artística, o en cualquier otra, sino también la forma con la que se comparte o se aborda dicho contenido.

Dentro de esta forma encontramos el valor de las emociones, del lenguaje, o de las condiciones en las que se da el aprendizaje. Porque, tal como afirman Beardsley y Hospers (1988, p. 151) “el arte puede sin duda enseñar, pero generalmente no de forma explícita”. Aunque a esa cita yo me atrevo a cambiarle el “puede enseñar” por el completo y rotundo “enseña, sin duda”.

Digamos que hablamos de algo extracurricular que hoy día se tiene todavía, desgraciadamente, poco en cuenta, pero que se está demostrando poco a poco, ahora ya incluso científicamente. De eso se encarga la Neuroeducación, que demuestra aquello que llevan investigando y compartiendo diferentes

¹ Cfr. Strongman. Citado por PÁEZ, Darío. Y ARIÁN. J. A. *Arte lenguaje y emoción*. Op. Cit. p. 11

² Cfr. Vigotski. Citado por PÁEZ, Darío. Y ARIÁN. J. A. *Arte lenguaje y emoción*. Op. Cit. p. 108

profesionales de la pedagogía desde hace algún tiempo, y que ahora comienza a coger fuerza y a tenerse en cuenta de manera más seria, a extenderse por la comunidad del ámbito educativo y a recibir un mayor apoyo y respaldo.

He de añadir, finalmente, que la educación artística es una de las disciplinas que más facilidades plantean para incluir la emoción en sus metodologías. También pienso que puede ayudar mucho al ser humano, integrándolo gracias a unos procesos de aprendizaje emocionales que nos son comunes a todos, porque al fin y al cabo: “la educación artística no pretende tanto que la persona aprenda a hacer arte como que, a través del arte, se aprenda a ser persona”.³ En mi caso particular aún no he tenido la oportunidad de comprobar esto de manera prolongada como educadora, pero sí me he enfrentado, positivamente a ello como alumna. Y he de reconocer que funciona.

MARTA SÁNCHEZ PÉREZ

³ Cfr. Marín Viadel. Citado por *Arte contemporáneo y Educación: un diálogo abierto*.